

# SIN FALSILLA

AÑO I

Cartagena 8 de Diciembre de 1907

N.º 19

## La novela de Augusto

Augusto ha entrado en el Casino de San Sebastián, porque no puede sustraerse al instintivo anhelo de vivir siquiera unas horas en un ambiente de elegancia.

Augusto es un pobre muchacho depravado por la lectura de ciertas novelas traducidas del francés, que han concluido por alejarle de la tierra, familiarizándole con lo fantástico. Su depravación, claro está es inofensiva. Es casto, crédulo, soñador y sumiso al cumplimiento del deber. Procede del estado llano y siente por él prestigio hereditario de la aristocracia un respeto casi supersticioso. Una vez que habló casualmente con un duque estuvo á dos dedos de desmayarse. Y este infeliz, que imagina no haber nacido para empresa mayor ni para más alto destino que el cargo de oficial quinto que desempeña con celosa puntualidad en el ministerio de Hacienda, dió el verano pasado en el capricho de largarse en el tren á San Sebastián; sus ahorros que ascendían á ochenta duros fueron para él un semillero de tentaciones.

Se veía en la capital donostiarra, en una fonda de cierta categoría distinguida, y luego, vestido pulcramente, paseando, con un junco en la diestra mano, por entre las arboledas del Bulevar. Augusto solicitó y obtuvo una licencia de quince días; se metió en un coche de segunda clase, y á San Sebastián. Lo primero que hizo al llegar fué escribir veinte postales para sus amigos y compañeros de oficina incluso el jefe del negociado. Con esto se quitó un peso de encima pues era la certificación fehaciente de que veraneaba. Ya nadie dudaría en Madrid de que él Augusto Gomara, era hombre que podía permitirse ciertos elegantes devaneos. Augusto ha entrado con paso trémulo en el casino, y al poner la planta en el umbral ha sentido una opresión en el pecho que á poco le priva del aliento. Es hombre que, en llamando á su voluntad se rehace fácilmente.—¡Valor Augusto!—se ha dicho para sus adentros y con resuelto ademán ha engeezado hacia la sala de los caballitos. Augusto es tan cándido, que en cuanto vé una señora muy elegante

